

# EL ARREPENTIMIENTO CRISTIANO

20 de noviembre de 1831

JOHN HENRY NEWMAN,  
*Sermones Parroquiales III* (Encuentro, 2009 Madrid) 104-113

## PRÓLOGO

El tema del sermón, conforme a su título, es el ARREPENTIMIENTO CRISTIANO. Newman lo desarrolla con un examen de la figura del hijo pródigo y una descripción del tipo de arrepentimiento que muestra. Me parece el mejor análisis que he leído a propósito del arrepentimiento del hijo pródigo y la mejor descripción de lo que es en sí el arrepentimiento cristiano.

### 1. Sobre el lugar del arrepentimiento en la vida cristiana

Hay que decir, sobre todo para los más nuevos, que este asunto del arrepentimiento cristiano no es el núcleo de la vida cristiana. El núcleo de la vida cristiana es el mismo Cristo, su persona: quién es y cuál es su obra. Éste es el corazón de la vida cristiana.

Ahora, esta vida nuestra será cristiana, tanto en cuanto sea una vida de relación con Cristo, que es el Hijo de Dios; y así una vida de relación con Dios Padre y con el Espíritu Santo. Diálogo, relación, participación con Dios en la amistad y comunión con Cristo, esto es el centro.

Tengo que mencionar también algo que muchos sabéis de sobra, sobre todo por propia experiencia: que la relación con Cristo pasa por la pertenencia a la Iglesia. Para que la relación con Cristo sea real, no una mera idea, no un mero deseo, es indispensable la vinculación a aquellos que nos traen a Cristo, la pertenencia al pueblo cristiano, donde él se hace presente, donde él vive, habla y salva. Sólo la vinculación con la Iglesia nos permite entrar en relación con él, nos permite ser cristianos. No es posible la vida cristiana fuera de la relación concreta y real con los miembros de la Iglesia, con los pastores, con los fieles, con su oración, con su liturgia, etc.

Con la vida cristiana pasa lo mismo, no se puede ser cristiano de libro, de ideas, la cristiana es una vida de relación con otros cristianos, que se ordenan conforme a una estructura determinada y fijada por el mismo Cristo (básicamente: sacerdocio y fieles) y donde él se hace presente y para seguir obrando la salvación de los hombres a través de la celebración de los sacramentos.

Volvamos de nuevo a la idea principal: el corazón de la vida cristiana es una relación real con Cristo, al que conocemos y del que nos hacemos discípulos en la

Iglesia, el que nos salva en la Iglesia. Y a través de Cristo nos introducimos, él nos introduce, en su vida, en la vida trinitaria.

Ahora esa relación con Cristo es un vínculo que tiene un nombre: la fe, o mejor, tiene tres nombres que designan tres aspectos que van unidos en una misma realidad: la fe, la esperanza y la caridad. Son tres aspectos de una realidad única, el vínculo con el que nosotros quedamos unidos a Cristo.

Tenemos, por tanto, como núcleo, a Cristo, luego estamos cada uno de nosotros, no como individuos, sino formando un pueblo, el pueblo cristiano, la Iglesia, fieles y sacerdotes. Y tenemos un vínculo de relación con Cristo: la fe, la esperanza y la caridad. Las tres virtudes que llamamos teologales. Bien pues tendríamos que decir que este vínculo, que es uno, pero que tiene estos tres aspectos, el de la fe, la esperanza y la caridad, luego está formado por muchos hilos que se van trenzando poco a poco, hasta hacer de este vínculo algo realmente fuerte. Estos hilos son muy variados: allí hay oración, allí hay búsqueda, allí hay obras de caridad para con los demás, allí hay... muchas cosas que hacen realidad, que dan carne, que concretan estas virtudes teologales de la fe, la esperanza y la caridad que constituyen nuestro vínculo con Cristo.

Uno de esos hilos, uno de esos elementos, necesario en la constitución de este vínculo, es el arrepentimiento, el arrepentimiento por el pecado cometido.

He querido hacer esta presentación para que entendamos que el asunto de este sermón de Newman no es “el asunto central de la vida cristiana” —eso es sólo Cristo— pero es uno de los elementos que necesitamos para vincularnos a él por la fe la esperanza y la caridad en la participación de la vida del pueblo de Dios, en la vinculación con la Iglesia.

## **2. Sobre el sermón:**

1. Newman tiene una forma característica de hacer sermones. Él toma una idea de una cita bíblica y la desarrolla largamente. No se retrae en este desarrollo, pero se concentra en ella, porque tiene la certeza de que es provechoso para los fieles tomar una sola idea.

2. Este sermón hace el número 318 del catálogo de los sermones de Newman. Lo predica el 20 de noviembre de 1831, con 30 años. Quiero llamar la atención sobre esto porque en medio del intenso trabajo, y como parte de él, Newman con 30 años ya ha predicado, y ha escrito 318 sermones, al menos. Y si consideramos la calidad de estos sermones podremos hacernos a la idea del esfuerzo y del trabajo que supusieron para él.

3. Otra cosa que hay que subrayar es que este sermón, como otros también, desvela una personalidad increíblemente madura. Newman sólo tiene 30 años, pero muestra un conocimiento de la condición humana que no se adquiere sólo teorizando; que requiere un contacto directo con la realidad de la vida humana, que implicaría normalmente una larga experiencia en la vida. Eso significa dos cosas: primero, que Newman es un gran observador de la psicología humana, del corazón humano, de cómo

funcionan en él los sentimientos, la inteligencia, la voluntad, las pasiones... Y que él mismo, seguramente, a pesar de sus años ya ha pasado por muchos y profundos sufrimientos, cosa que nos confirma su biografía. Mucha observación y experiencia propia están detrás de sus palabras.

4. No voy a leer todo el sermón. En algunos momentos resumiré, en otros me saltaré alguna cosa, en otros leeré directamente, en otros comentaré. Pero para no hacer esto pesado, no iré diciendo a cada paso lo que leo literalmente y lo que sintetizo. Podéis vosotros leer el sermón entero, pero tened en cuenta, al hacerlo, que estos textos son de aún de la época anglicana y que en algunos puntos se deja ver un cierto rigorismo propio de la época, acentuado quizá por el rigorismo de la espiritualidad calvinista que había influido en Newman en su primer conversión cuando tenía 15 años. Esta afirmación requeriría ser matizada y ser mostrada y aclarada en el texto mismo, pero no es el objeto de esta charla. Yo me centraré en lo que creo puede ayudarnos más en nuestra vida cristiana.

### **3. El sermón**

Este sermón parte de una cita bíblica: «Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo».

Como sabéis es parte de la «parábola del hijo pródigo». Leamos nosotros ahora una parte más amplia para ponernos en situación:

Del evangelio según san Lucas

Dijo también [Jesús]: — Un hombre tenía dos hijos. El más joven de ellos le dijo a su padre: «Padre, dame la parte de la hacienda que me corresponde». Y les repartió los bienes. No muchos días después, el hijo más joven lo recogió todo, se fue a un país lejano y malgastó allí su fortuna viviendo lujurosamente. Después de gastarlo todo, hubo una gran hambre en aquella región y él empezó a pasar necesidad. Fue y se puso a servir a un hombre de aquella región, el cual lo mandó a sus tierras a guardar cerdos; le entraban ganas de saciarse con las algarrobas que comían los cerdos, y nadie se las daba. Recapacitando, se dijo: «¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan abundante mientras yo aquí me muero de hambre! Me levantaré e iré a mi padre y le diré: “Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo; trátame como a uno de tus jornaleros”». Y levantándose se puso en camino hacia la casa de su padre. Cuando aún estaba lejos, le vio su padre y se compadeció. Y corriendo a su encuentro, se le echó al cuello y le cubrió de besos. Comenzó a decirle el hijo: «Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo».

(Lc 15,11–21 NAVARRA)

## I. Presentación del Tema (104-105)

Newman comienza haciendo una especie de presentación del tema, con dos puntos fundamentales:

### 1. La situación del hombre tras el pecado

La parábola del Hijo pródigo nos muestra la situación del hombre tras el pecado. El hijo pródigo se nos

*pinta recibiendo, malgastando y luego perdiendo los dones de Dios, padeciendo las consecuencias de esa pérdida, y volviendo finalmente a sí mismo, gracias a la experiencia del dolor. Desde luego es un pobre servicio, pero es el mejor que podemos ofrecer: hacer de la obediencia nuestra segunda opción cuando el mundo nos abandona, cuando el mundo donde estábamos se nos pierde y se nos muere (104).*

Ya muestra Newman que el arrepentimiento es muchas veces forzado, es el dolor el que nos mueve a reflexionar qué estamos haciendo con nuestra vida. Las más de las veces ni siquiera el principio del arrepentimiento tiene en consideración a Dios, sino que está motivado por la experiencia de la decepción de las cosas. Nos hemos alejado de Dios y hemos puesto la confianza y buscado la alegría de la vida en nosotros mismo y en cosas diversas, que al final, poco a poco nos muestran su incapacidad para darnos una alegría duradera, su incapacidad para saciar nuestro corazón. Es entonces, cuando sentimos que el mundo nos abandona, cuando a veces recapacitamos y volvemos a Dios.

Es realmente triste volver a Dios sólo por este motivo, pero, aún así es lo mejor que podemos hacer.

### 2. El arrepentimiento verdadero no se da en un momento, requiere toda la vida

Que nadie piense que normalmente el arrepentimiento que se muestra en la parábola es algo que podamos conseguir instantáneamente:

*El arrepentimiento es una tarea que atraviesa diversas fases y que sólo llega a término gradualmente y tras muchos retrocesos [...] Es una tarea que no se completa, que no se acaba nunca; es algo inconcluso, tanto en su intrínseca imperfección como por las constantes ocasiones —una y otra vez— que surgen para ejercitarla. Pecamos de continuo; tenemos que renovar siempre el dolor y el propósito de obedecer, volviendo siempre a la confesión y pidiendo perdón a Dios de continuo (104-105)*

Es una falacia, por tanto, que los novatos en la fe y en la “vida cristiana seria” crean que su arrepentimiento es de tal profundidad y sinceridad que los va a convertir en cristianos perfectos en poco tiempo. No. Antes de que Dios nos de una caridad perfecta,

que es la que hace de un hombre un cristiano perfecto, Dios tiene que enseñarnos a vivir de su misericordia.

*El cristiano más perfecto no es, a sus propios ojos, más que un principiante, un penitente pródigo que ha derrochado los dones de Dios, y que vuelve a él para que le dé otra oportunidad, ya no como hijo sino como trabajador a sueldo (105)*

Aún para los santos, esto es así, porque delante de Dios sólo María puede brillar con una luz sin mancha. Y eso, siendo mérito de la Virgen, es antes don de Dios, que la preservó del pecado original y la dio los dones necesarios para que pudiera resistir a todo pecado.

Pero lo cierto es que es necesario que todos reconozcan su indignidad, que delante de Dios se es sólo siempre un principiante, que sólo puede presentarse ante él como un penitente, pidiendo perdón, porque ha derrochado los bienes otorgados por Dios, que no merece la amistad de Dios, que sólo puede suplicar ser tratado como un servidor. Y así debe colocarse uno siempre ante Dios, como un siervo.

No hay un arrepentimiento definitivo.

*La parábola pinta el estado de todos los cristianos de todos los tiempos, y se cumple más o menos, según los casos y las circunstancias... Al comienzo de nuestro camino de cristianos se cumple de un modo y en una medida, y al final, de otro (105)*

## **II. LA SITUACIÓN DEL PECADOR ARREPENTIDO (105-107)**

### **1. La situación de servicio propia del arrepentido**

*Servir a Dios implica una libertad perfecta, no servidumbre. Pero esto es así cuando se lleva mucho tiempo sirviéndole; al principio sí es una especie de servidumbre... hasta que nuestros gustos e inclinaciones convergen y se unen con los que Dios ha sancionado (105)*

Uno sólo puede acercarse a Dios con este arrepentimiento, esperando su perdón y esperando ser recibido como un siervo. Por nuestros pecados no podríamos aspirar a nada más. Si somos fieles en esta actitud de servicio, de sumisión a Dios, llegaremos a compartir sus inclinaciones, sus deseos, sus "sentimientos", su "corazón" y entonces Dios nos podrá tratar como amigos, no como siervos. Pero alcanzar esta sintonía de las inclinaciones más profundas de nuestro corazón con Dios supone un entrenamiento y una disciplina: el largo ejercicio de servicio y de obediencia a Dios sin condiciones. Ese prolongado servicio es necesario para hacer que los movimientos de nuestro corazón

converjan con los movimientos del corazón de Dios. En la tierra, la vida del hombre es un servicio, decía Job. Así es.

Sigue Newman en el mismo sentido:

*«Cuando una persona se da cuenta de su miseria y decide cambiar de vida, se pregunta “¿qué debo hacer?”. Se encuentra ante un campo anchísimo y no sabe por dónde empezar. Para ponerse en marcha es preciso que realice algunos actos de pura obediencia [...]*

*Acostumbrado a hacer lo que le apetece, a permitirse esto o lo otro, sin entender ni gustar de lo religioso, es incapaz de realizar con gusto esos deberes de piedad. Necesariamente serán para él algo agotador [...] Al principio su obediencia es exactamente la de un jornalero. “El siervo no sabe lo que hace su dueño” (Jn15,15) [...]*

*No entiende qué se propone, o por qué manda esto y prohíbe aquello. Cumple las órdenes que se le dan, va aquí o allá, con puntualidad, pero guiado por la mera letra de los mandatos. Éste es el estado de quienes empiezan a obedecer a Dios [...]*

*Se ven obligados a ceder ante la palabra de Dios sencillamente porque es su palabra; y hacerlo implica fe, sí, pero también les muestra que se encuentran en esa condición de siervo que el hijo pródigo ambicionaba como la mejor posible para él»*

## **2. Advertencia**

Aquí añade Newman una advertencia muy útil para nuestros tiempos, en los que se toma la religión muchas veces, también los hombres de Iglesia, como una especie de dulce agradable y fácil de comer. Parecería que enseguida, al acercarse a Dios, nos vaya Dios a llenar de felicidad y de gozo. Dice Newman:

*«La conciencia de un pecador arrepentido suele sentir incomodidad cuando ve que la religión es una carga. Piensa que debería alegrarse en el Señor inmediatamente»*

[A menudo muchos le dicen que debe ser así, que debe estar lleno de alegría y sentimientos elevados, sin preocuparse por prácticas formales]. *«Pero esto es sencillamente invertir el camino de la vida cristiana.*

*El hijo pródigo tuvo mejor juicio cuando pidió ser considerado uno de los jornaleros de su padre. Conocía su sitio.*

*En religión no hay más remedio que comenzar con lo que parece formalidad.*

*El error consistiría no en comenzar con lo que parece formalidad sino en continuar así. [...] Poco a poco, de corazón, pasaremos de siervos a hijos de Dios Todopoderoso» (107)*

*«Aunque desde el primer momento debemos aprender que Cristo es el salvador de los pecadores, [Es decir, que debemos aceptar que la salvación es un don inmerecido que él nos da porque quiere y que sólo él es nuestro Salvador], al pensar en nuestra ingratitud su mismo amor nos intimidará, nos llenará de remordimiento [...] porque nosotros hemos recibido privilegios a los que no hemos correspondido (107)*

Por tanto, para resumir, el hombre, todo hombre es pecador y esto hace que deba experimentar arrepentimiento ante Dios y que su sitio natural ante Dios, el que él debe pedir, no sea sino el de siervo, el de jornalero, aunque Dios quiera hacerlo amigo suyo y con el tiempo lo haga, cuando adecue el corazón del hombre al suyo propio.

### **III. DESCRIPCIÓN DEL ARREPENTIMIENTO (107-110)**

#### **1. Del arrepentimiento de los hombres religiosos (107-109)]**

Uno de los primeros motivos que surgen para mover al hombre a servir a Dios es el deseo de desagaviar. Nos pasa con Dios como con cualquier persona: cuando somos conscientes de haber ofendido a alguien y queremos ser perdonados, inmediatamente buscamos ponernos a bien con esa persona. Cuando la ofensa es leve bastará expresar nuestro pesar y nuestra petición de perdón. Pero, si hemos cometido una ofensa grave, o hemos sido seriamente ingratos, no nos atreveremos a acercarnos inmediatamente, tantearemos el terreno, para ver si la persona está dispuesta a perdonarnos: buscaremos un mediador que interceda por nosotros y que nos informe de sus disposiciones para perdonarnos. Y, si la persona ofendida da muestras de compasión, nos acercaremos con actos que intenten hacernos propicios a ella, empezando por reconocer con humildad nuestra mala acción.

Newman trae el ejemplo de Jacob cuando quiere buscar el perdón del administrador de Egipto. Recordad cómo José ha llegado en Egipto a ser administrador del país... Dice que Jacob mandó para conseguir su perdón «los mejores productos del país, un poco de resina aromática, un poco de miel, tragacanto, ládano, pistachos y almendras» (Gn 43,11). Se puede poner también el ejemplo de Abigail, la mujer de Nabal, que busca el perdón de David (1 Re 25,14-35)

Lo mismo con Dios. Es normal que el hombre religioso busque el perdón de Dios. El mismo hecho de que nos mantenga en la existencia, de que no nos haya arrojado ya al infierno, muestra que él nos aguarda, es un signo de que podemos acercarnos a pedir perdón. «Las muestras que podemos percibir de su misericordia son suficientemente fuertes para darnos esperanza» (108). Esas pruebas se multiplican a lo largo de todo el AT. Y «en estas circunstancias [ante estas pruebas] es natural que el pecador, que siente

su conciencia golpeada, busque a su alrededor alguna forma de expiación para presentarse ante Dios» (108)

«En realidad ésta ha sido la manera normal de desenvolverse la actividad religiosa en todas las épocas». Bien con sacrificios de animales (toros, terneros), u otras ofrendas (aceite, incienso...); como se ve en el AT y también, de una u otra manera, en las religiones antiguas; o como se ve ya en el AT, de una forma más elevada «practicando la justicia, amando la caridad y conduciéndose humildemente con Dios» (Mi 6-8), como indica el profeta Miqueas o como busca David el perdón de Dios cuando recita el salmo 50: «Tengo siempre presente mi pecado, contra ti, contra ti solo pequé... Los sacrificios no te satisfacen. Si te ofreciera un holocausto no lo querrías. [Pero] mi sacrificio es un espíritu quebrantado; un corazón quebrantado y humillado tú no lo desprecias» (Sal 50). Estos son los actos del penitente, que surgen naturalmente y que Dios mismo ha aprobado en el AT» (109)

## **2. Del arrepentimiento del cristiano (109-110)**

*Pero ahora, volviendo a la parábola del hijo pródigo, resulta que en ella no encontramos nada de eso. Aquí no se dice nada de una ofrenda a su padre ni de una acción propiciatoria. Es importante hacerlo notar. La verdad es que nuestro Señor nos ha mostrado en todo una forma más perfecta que la conocida hasta el momento.*

*Al prometernos una santidad más elevada, un dominio sobre nosotros mismos más riguroso, una abnegación más generosa y un conocimiento más profundo de la verdad, nos da también un arrepentimiento más noble*

*la conducta más decorosa en un pecador consciente, es una rendición incondicional de sí mismo a Dios; no un regateo sobre las condiciones, no planear (por así decir) la forma de ser readmitido sino una rendición instantánea de uno mismo.*

*Sin saber qué va a ser de él, si Dios le perdonará o no, teniendo tanta esperanza en su corazón como para no desesperar del todo de obtener el perdón,*

*sin mirar el perdón como un fin en sí mismo, sino más bien, mirando a los derechos del Benefactor a quien ha ofendido*

*golpeado vergonzosamente, y con la conciencia de su ingratitud, lo que debe hacer es rendirse a su justo Soberano.*

Esto caracteriza el arrepentimiento perfecto, el que nos propone la parábola del hijo pródigo: una rendición total, sin condiciones, ante Dios. Y comenta Newman en el mismo sentido:



*Es un delincuente, un proscrito; lo primero que debe hacer, antes que nada bueno o malo se decida sobre él, es regresar. Es un rebelde y tiene que entregar las armas.*

*Las ofrendas que uno mismo inventa pueden servir cuando se trata de asuntos menores; pero si se trata de expiar un pecado implicarían, por parte del pecador, una visión defectuosa de la maldad y malignidad de su pecado.*

*El camino perfecto, ante el cual la naturaleza se asusta, pero que nuestro Señor nos manda es éste: la rendición de uno mismo.*

*El hijo pródigo no esperó a que su padre diera muestras de aplacarse. No se acercó a aquel lugar y luego se quedó allí cobardemente, preguntando curioso y temiendo cómo se sentiría su padre con respecto a él. Se decidió inmediatamente a abajarse hasta el extremo, y quizá a ser rechazado. Se levantó y fue directo hacia su padre, con el ánimo decidido.*

*Y aunque su padre, ya enternecido, le vio desde lejos, y salió a su encuentro, su propósito era someterse por completo y enseguida.*

*Así debe ser el arrepentimiento cristiano: lo primero es dejar a un lado la idea de que encontraremos remedio para el pecado; después aunque sentimos la culpa, debemos dirigirnos firmemente hacia Dios, sin tener la seguridad de que seremos perdonados.*

*Él, sí, sale a nuestro encuentro dando muestras de su favor, y sostiene la humana fe que de otra manera se hundiría bajo la aprensión de verse ante el Dios Altísimo.*

*Pero para que nuestro arrepentimiento sea cristiano, debe incluir esa generosa actitud de rendición del propio ser, el reconocimiento de que somos indignos de llamarnos ya más hijos suyos, el olvido de toda esperanza de sentarnos a su derecha o a su izquierda, y el deseo de llevar el pesado yugo de los esclavos, si Él decidiera imponérselo.*

## **VI. CONCLUSIÓN (110-113)**

Ahora Newman, después de describir el genuino arrepentimiento cristiano, nos lo va a proponer como tarea para una vida, como tarea que mira a su fin, a la muerte. Dice:

*Este es el arrepentimiento cristiano.*

*Se dirá: ¿no es demasiado duro para quien comienza? Sí. Pero no he estado hablando de quien empieza. La parábola enseña cual es la actitud del verdadero penitente, no cómo se acercaban los hombre a Dios por primera vez.*

*Cuanto más vivimos, más podemos aspirar a esta elevada forma de arrepentimiento, es decir, en proporción al avance en las demás virtudes y gracias del auténtico cristiano.*

*La forma más genuina de arrepentimiento al principio se da muy poco, lo mismo que la perfecta conformidad con cualquier otro aspecto de la Ley de Dios. Se adquiere tras una larga práctica; llegará al final.*

*El cristiano moribundo cumplirá el papel del hijo pródigo con más exactitud que lo hizo nunca<sup>1</sup>.*

*Cuando volvemos a Dios por primera vez en nuestra vida, nuestro pensamiento se mezcla con todo tipo de visiones y sentimientos imperfectos. Desde luego, algo hay en él de verdadero carácter del puro sometimiento; pero el deseo de apaciguar a Dios, por un lado, y la dureza de corazón hacia nuestros pecados, por el otro, el mero miedo egoísta al castigo, o la esperanza de obtener un perdón fácil y rápido, éstas y otras ideas parecidas, hacen mella en nosotros —no importa lo que digamos o creamos sentir—.*

*Es fácil que se nos llene la boca de buenas obras o que la sensibilidad se nos excite; es fácil proclamar la completa renuncia a uno mismo unida a un clarividente sentido del pecado, pero proclamar no equivale a poseer disposiciones tan excelentes.*

*Obtenerlas requiere la acción del tiempo. Cuando el cristiano ha combatido el buen combate de la fe y sabe por experiencia qué escasos y qué imperfectos son sus trabajos, entonces es capaz de aceptar, y aceptará de muy buen grado la afirmación de que somos salvados por la fe solo por los méritos de nuestro Señor y Salvador.*

*Cuando, al final, repasa su vida, ¿a qué podrá agarrarse? ¿Qué acciones suyas soportarán la mirada aguda del Dios Santo? Desde luego, ninguna en absoluto, eso no hay ni que decirlo; y ¿qué parte de su vida será prueba suficiente de su sinceridad y fidelidad?*

*Este es el punto en el que insisto [...] No puede más que rendirse ante Dios como un siervo peor que inútil, entregado a su voluntad, sea la que sea [...] (112)*

En estos momentos, es decir, cuando se acerca al final:

*¡Qué inútil es hablarle de sus buenas obras y animarle a que repase su vida pasada, tan sólida! Este repaso difícilmente le consolará. Y si lo hace consistirá más bien en el recuerdo de las veces en que Dios ha tenido misericordia con él en el pasado, y ese será el principal motivo de ánimo que obtendrá.*

*No. Su principal punto será que Cristo “ha venido a llamar a los pecadores a la penitencia” (Lc 5,32) y que “murió por los impíos” (Rm 5,6). En la medida en que puede, reconoce y admite estas palabras de san Pablo, y nada más: “Podéis estar*

---

<sup>1</sup> ¿Cómo podía un hombre de 30 años, cuya actividad e influencia moral y religiosa estaba a punto de comenzar a extenderse por toda Inglaterra? Parecía que hablara un anciano experimentado en la lucha de la fe, pero ¡tiene sólo 30 años!

*seguros y aceptar plenamente esta verdad: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, y de ellos el primero soy yo” (1Tm 1,15) (112)*

Termina haciendo alusión a qué sólo en esta vida es posible el arrepentimiento, la rendición ante Dios «La rendición no tiene cabida entre los condenados». No es que Dios no quiera dar al alma más oportunidad de arrepentimiento tras la muerte, es que el alma que no se ha sometido a Dios es ya toda rebeldía, ya es incapaz de volver atrás. Ella misma es incapaz, ya sólo puede odiar a Dios. Y el poder de Dios los barre de su presencia:

*Atadlo de pies y manos y echadlo a las tinieblas de afuera; allí habrá llanto y rechinar de dientes. Esa será su orden terrible. Si pudieran, lucharían (112)*

De hecho el infierno es el tormento del orgullo que se rebela contra Dios en su terrible destino. Toda la eternidad no les ayudará en nada a aceptar su destino y a soportarlo, les consume el odio y la rabia. No está «a su alcance la seca apatía en que se refugian los incrédulos en esta vida».

*Incluso en el infierno serán atormentados por el gusano del orgullo rebelde que odia a Dios. Toda la eternidad no será capaz de ayudarles a soportar su duro destino; ni tampoco estará a su alcance la seca apatía en que se refugian los incrédulos en esta vida. No hay fatalismo en el lugar del tormento. Los demonios saben que se condenaron por culpa suya, pero no pueden arrepentirse. Es su voluntad lo que está en directa y dura oposición a la voluntad de Dios. Y lo saben (112-113)*

Y la última invitación:

*Debéis rendiros a la misericordia de Dios aquí [...] «Hoy, mientras es hoy, no endurezcáis vuestros corazones» (Hb 3,7-8)*